

EL ELEMENTO MITICO EN LA TETRALOGIA  
“JOSEPH Y SUS HERMANOS”  
DE THOMAS MANN

*Consideraciones sobre el libro de Käthe Hamburger :  
“Thomas Mann’s Roman: Joseph und seine Brüder”.*

La introducción de *Käthe Hamburger* a la gran tetralogía de Thomas Mann, es uno de aquellos fenómenos que demuestran el gran interés para con la mitología, existente en nuestros días.

El libro —como lo indica ya su título: una “Introducción”— fué escrito para los que aún no conocen la propia obra. A nosotros, sin embargo, nos interesa descubrir cómo y en qué grado la autora se ha acercado al contenido esencial del libro de Thomas Mann, es decir, al pensar y modo de crear mítico.

Hay que subrayar, desde ya, que, en la novela analizada, lo *mítico* no es uno entre los elementos de la composición, sino, el modo de ver mítico es la base y hasta la razón de toda la obra. Quien haya observado con atención, las revelaciones del Espíritu en los últimos lustros, tendrá que reconocer, que precisamente ese es el modo de pensar, que caracteriza a sus más profundos humanistas. Todos los nobles espíritus —y sean ellos tanto estudiosos y psicólogos, como escritores y artistas— que poseían un don de diferenciada sensibilidad acerca de la responsabilidad del Espíritu que caracteriza al auténtico “intelectual”, se encontraron en ese punto neurálgico, de manera inesperada para ellos mismos. O sea con otras palabras: se han encontrado en una situación, en que el espíritu no contempla a lo casual sino en su relación a lo eterno, obsesionado por el ansia de considerar lo individual en el gran conjunto de Dios-mundo-hombre.

Tiene carácter humanístico, tanto el punto de partida, como la meta de dicha actitud.

Tal actitud, por supuesto, no tiene nada que ver con las hipótesis materialistas e impuras, que en un entonces se han denominado por ahí "al mito de la sangre y la raza". Por el contrario: la característica del auténtico pensar mítico reside en la fuerza transparentadora e invocativa del puro Espíritu.

Al llegar, el etnólogo (Frobenius), el psicólogo (C. G. Jung), el historiador de las religiones (W. F. Otto, Kerényi), el escritor (Th. Mann, Huxley, D. H. Lawrence) etc., de la dirección de su propia investigación o vivencia, a la visión mítica de un mundo de valores constantes, se les reveló en ella la posibilidad de una nueva *Humanitas*.

Esa nueva *Humanitas*, es, en lo íntimo de su consistencia, una religiosidad, como la define el propio Th. Mann: "Si tuviera que decir que entiendo personalmente por religiosidad, diría: es *atención y obediencia*" (1).

"Atención", a las exigencias del Espíritu o hablando de manera religiosa, a la voluntad del Dios, y "obediencia" ante esa ley íntima, que, empero, se revela también en el tiempo de modo externo. La tetralogía de "Joseph" es el símbolo de ese Humanismo. Símbolo del camino que parte del punto, en que el individuo aún no es, sino un componente del cosmos y de la colectividad, y en que, al revés, el cosmos, la colectividad no son sino engrandecimiento del individuo. De ese estado surge independizándose el Yo, el Yo, en lucha por la espiritualización del concepto de Dios, como Abrahán. Y ese Yo, en grados más diferenciados de su evolución, desencadenándose, cada vez más, de lo estrecho de su egocentrismo, llega a amar la comunidad, en que desempeñará el papel del donante, del providente, del sostén, como Joseph, que más allende de las preocupaciones de su propio destino, se halla ocupado, y cada día más, en otras más grandes al servicio del Ideal, expresado para él en el símbolo "Faraón".

---

(1) TH. MANN: *José y sus hermanos*. Rev. "Sur", Año XIV. Mayo. p. 21.

Este es el camino a seguir para el hombre pensador, hasta que llegue a ser el hombre responsable, a saber: el *humanista*.

Thomas Mann, al margen de la intuición y fuerza revivificadora del artista, se sirve de la completa armadura del sabio e investigador moderno, para conducirnos, del mundo de lo casual e individual, a la búsqueda de las verdades sempiternas, en el pozo del pasado. Esta obra se distingue precisamente de las novelas o cuentos de índole histórica, en que la comparación y valorización de las fuentes históricas no se esconden en el fondo invisible de la obra, sino que por el contrario forman uno de los temas más importantes de la narrativa y la

*Käthe Hamburger* se ocupa detalladamente de la explicación de dicho carácter artístico. Para aclararlo, cita el propio autor: "Subrayo el elemento de lo científico. Ello pertenece a la obra. La explicación de índole arqueológica y teosófica no representa aquí una matización ajena a lo poético, mas, por lo contrario, un medio cabal de la realización" (2).

Con razón llama la autora la atención sobre el punto, explicado a menudo también por el mismo Th. Mann, de que otra característica principal del arte de Mann es su actitud irónica. "La ironía es para él la reserva científica; es decir, la actitud fundamentalmente libre del Espíritu". (3).

Esa libertad es la superioridad del artista con relación a su obra que, por supuesto, no excluye la participación íntima del autor en su creación. Es dicha actitud independiente la que posibilita esa manera de escribir, que mientras realiza un tema también lo interpreta. Entonces, el intérprete (*der Deutende*), al modo de los grandes "mythólogoi", nos hace mirar en su objeto la *idea*: el sentido duradero.

---

(2) "Ich betone das Moment der Wissenschaftlichkeit; es gehört zum Werke. Die archäologische und religionswissenschaftliche Erörterung ist hier nicht ein der Dichtung fremdes Element sondern im Gegenteil ein wichtiges Mittel der Realisierung". Thomas Mann, citado por K. H. o. c. p. 34.

(3) o. c. p. 48.

Nos parece haber llegado al punto, en que ya podemos insistir en la tesis mencionada, según la cual, la misma obra es una creación mitológica y lo mitológico no forma tan sólo un elemento separable, en ella. Como punto de partida de tal modo de crear había servido la *necesidad* (anangké) del pensar que se levantaba buscando el significado e invocando el símbolo.

El mismo Th. Mann confiesa, que al mismo tiempo que su interés abandonaba lo burgués, se despertaba su inquietud para lo eternamente verdadero, conduciéndolo, paso a paso, a dicha forma de la creación artística.

La nueva inquietud "corresponde", para citar así las propias palabras de Mann, "a un gusto, que, en el decurrir de los años, se inclina cada vez más a lo típico, general y humano, en vez de interesarse en lo burgués e individual" (4).

Es natural que la opción por un tema no es una moda externa cualquiera, ni el resultado de alguna consideración racional, sino que brota de una convicción íntima y de una necesidad espiritual; pero a pesar de esto, el hecho de que Th. Mann se encuentre tan familiarizado en el mundo complicadísimo y diferenciadísimo de las mitologías, hizo asombrarse, ante todo, a aquellos que han llegado a la comprensión del lenguaje mitológico por el largo camino de la investigación científica. Únicamente por la posesión de la seguridad intuitiva propia de un artista excepcional se puede permitir Th. Mann el utilizar y yuxtaponer simultáneamente muy distintos elementos míticos —egipcios, babilónicos, hebreos, sirios, griegos— sin haberse equivocado ni una sola vez en cuanto a la fundamental significación de los diversos motivos y conservando al mismo tiempo la unidad orgánica de la obra.

Acerca de estos pormenores "herméticos" de la creación acerca de aquel, ya casi no comprensible nexo, que ata entre sí a los pensadores de una misma época, acerca del modo de surgir simultáneo de la misma idea o imagen, en el escritor y también en el investigador; acerca de la íntima armonía de las mismas, acerca de todo lo dicho, encontramos materia singularmente

---

(4) K. KERÉNYI: *Romandichtung und Mythologie*. Ein Briefwechsel mit Th. Mann. Rhein Verlag Zürich. 1945. p. 19.

interesante en la correspondencia que tuvo Thomas Mann con Carlos Kerényi, el filólogo, durante los años de su creación. C. Kerényi, a su vez, llegaba desde la historia de las religiones, contemplada de modo humanístico, a la investigación de las mitologías— y es, hoy en día, uno de los más profundos conocedores de las mismas.

Realmente no podemos comprender como es posible que Käthe Hamburger, desconozca, precisamente este libro de Thomas Mann y Kerényi, indispensable para un comentador.

Con toda seguridad que el analizador de la obra de un artista viviente rara vez se habrá encontrado, como en este caso, en la favorable situación de recibir del mismo autor, material de fuente tan trascendente. Käthe Hamburger buscaba con ejemplar diligencia todas las fuentes, utilizadas por Mann; explicando, luego, cuáles son los mitologemas que utiliza el autor, y cuáles son los a que aluden los protagonistas, p. ej. en aquellos tiempos, en que se hablaba del Elegido, pensando en Joseph, el joven de desacostumbrada hermosura; del Elegido, cuya muerte y desmembramiento está seguido por el regreso de las Tinieblas.

La importancia principal del conocimiento de la "Correspondencia" no está en un eventual sacar de ella nuevos y más precisos datos en la aclaración de los pormenores, sino sobre todo, para que ilumine —detrás de los detalles— la especial actitud espiritual, que posibilitó la creación de la Obra entera. Desde el punto de vista de tal totalidad no tendrá importancia la pregunta ¿de dónde sacó el escritor los varios elementos? sino la de ¿cómo los utilizó? o sea ¿cómo éstos lograron aclarar, ante sus ojos, con una fuerza intrínseca, cada vez más creciente el buscado contenido, es decir el sentido más íntimo, ya que tal modo de ver mítico está procurando, por detrás de las distintas formas de aparición —formas éstas que se distinguen entre sí según la diferente sensibilidad de los pueblos y de las culturas—, aquel símbolo eterno, la Idea, que, a su vez, no es sino la Imagen de lo *esencial*, a la que nosotros, mortales ligados y determinados por la materia, sólo podemos captar en esas formas extrínsecas.

Apenas el artista, dotado por la seguridad de la visión intuitiva y mitológica se podía permitir en la búsqueda de lo

esencial la yuxtaposición de elementos tan heterogéneos desde el punto de vista histórico y morfológico, como lo hizo por ej. en el último tomo de la Tetralogía, al describir las bodas de Joseph —el joven nacido en el signo de la Virgen, que ha conservado su castidad de prometido— con la hija del pontífice del Sol, aprovechando, en esa ceremonia, los motivos del misterio eleusino de Deméter, según el libro “Das göttliche Mädchen” de C. Kerényi.

En este punto —para mencionar apenas uno de esos ejemplos— no se ofrece posibilidad alguna para una explicación racionalista, que supusiera cualquiera peregrinación de temas, comprobable de modo histórico. En cambio, aquí sí tenemos —en la *concepción griega* del misterio expresado en el destino de Deméter y Perséfone— precisamente aquella forma que aclarará el procurado símbolo, símbolo éste, indicado por el escritor en la carta XXIII, de la “Correspondencia”, por las palabras: “Jungfräulichkeit trifft auf Jungfräulichkeit” (virginidad se une con virginidad).

Sin perdernos en detalles, solamente vamos a llamar la atención sobre el hecho que, al analizar la materia mitológica de la novela la importancia principal no la posee, en primer lugar, la misma materia, sino el *modo*, el modo que lleva a la síntesis y al sentido universal. De eso habla Kerényi, en una de sus cartas, refiriéndose a un egiptólogo: “él quizá sabrá mejor los problemas de detalle y lo “aún-no-conocible”, en su forma científica, pero se asombrará ante lo logrado en el conjunto, y de “imitaciones”, como es por ej. la conversación de Huy. y Tuy..., de seguro, también aprenderá algo acerca de lo Egipciano”. (5).

Al hablar, sobre ese modo de la revivificación poética de lo pasado tan íntima, y por eso mismo tan verdadera, vemos ahora también de otro aspecto que la moderna novelística se

(5) “...er wird vielleicht die Einzelprobleme, das Noch-nicht-Wissbare in seiner wissenschaftlichen Form, besser kennen, aber über das gelungene des Ganzen verwundert sein, und aus “Nachbildungen” wie die des Gesprächs von Huy und Tuy... über das ägyptische Wesen sicher auch lernen müssen”. K. KERÉNYI. o. c. p. 53.

ha vuelto al origen de todo el arte épico: el *mito*. Lo que comprueba, también, una de las cartas de Th. Mann, en la "*Correspondencia*", al saludar con satisfacción un ensayo proyectado de Kerényi, en que este último intentaba tratar el tema de ese regreso (*über die Rückkehr des modernen Romans zum Mythos*), declarando estar, completamente de acuerdo con él en la opinión de que este *re-greso* (*Rückkehr*), es a la vez, también *re-patriación* (*Heimkehr*). (p. 31).

Y el mitólogo, por su parte, se felicita en nombre del mundo científico, la aparición del segundo tomo de la Tetralogía con las siguientes palabras:

"Su aprisionamiento por la naturaleza "hermética" \*) es ya en sí "materia" de índole histórica de las religiones, que yo de mi parte me atreví a yuxtaponer al Himno Homérico a Hermes y a los "Sabuesos" de Sófocles, como testimonio de primera categoría". (6).

Este aprisionamiento ("Ergriffenheit") del narrador —del mitólogo— que hace revivir, ante nuestros ojos, el mito, el ambiente del Origen y el de sus protagonistas, nos introduce en el "pozo del pasado".

A ese "pozo" se le puede amar, realmente "insondable", porque al correr cortina tras cortina del tiempo gradualmente se hace consciente en nosotros el Tiempo, el Tiempo con sus profundidades inmedibles e inalcanzables. Y comprendemos, entonces, lo relativo de todo Comienzo, y, al mismo tiempo, la presencia de verdades eternas, en cada Comienzo.

Y en esa profundidad del "pozo", ante uno de los comienzos humanos y personales, se abre repentinamente —detrás de lo individual y lo casual— la perspectiva de lo invariable, lo típico y lo eternamente humano. Y es de ese ambiente "transparente" del principio, del cual partimos, acompañados por el narrador a través de las aventuras de la trinidad materia-alma-espíritu, para el viaje sempiternamente repetido, del Hombre. La doble bendición, que fortalece desde lo alto y desde lo bajo al Hombre, compuesto de Espíritu y Naturaleza, es la que le permite, que

---

(\*) "*hermética*" = de Hermes.

(6) K. KERÉNYI o. c. p. 36.

—en el conocimiento de las verdades eternas llegue hasta la cumbre— como Joseph, quien al salir de la contemplación de sus vivencias personales y de su destino individual llegó a ser el representante de la comunidad, el de la “Humanitas”. Lo que hace inolvidable ese “viaje”, es el calor de la vivencia personal, mediante el cual el creador transforma ante nuestros ojos, en viviente realidad aquel lejano mundo. Su profundo humanismo, su brillante ironía, que comprende y hace comprender, abre, ante nosotros y en nosotros, las puertas de un nuevo cosmos. Al contemplar los comienzos de la humanidad, nos presenta *nuestro* pasado, *nuestra* misión, *nuestras* posibilidades. Y recorrido una vez dicho camino, ya no será, para nosotros, enseñanza vana y palabra hueca, el lema del Humanismo a la vez “nuevo” y eterno: “atención y obediencia”.

MAGDALENA ZALÁN DE FERDINANDY